

## La interpretación romana de las prácticas hepatoscópicas extranjeras\*

SANTIAGO MONTERO  
Universidad Complutense de Madrid

Es sabido que Roma no adoptó oficialmente la haruspicina etrusca sino hasta el siglo II a.C., siendo hasta entonces los contactos con esta técnica ocasionales y limitados<sup>1</sup>.

Atraído por lo elaborado de sus técnicas, el Senado romano parece haber sentenciado en aquella fecha la definitiva adopción de esta práctica, un hecho que, como observó Mac Bain, fue verdaderamente excepcional entre las civilizaciones antiguas. En el 186 a.C. el cónsul Postumio pronunció, con motivo de las célebres Bacanales, un vibrante discurso contra estas ilícitas reuniones en el que, por primera vez, equiparaba los decretos de los pontífices y los *senatusconsulta* con los *responsa* de los harúspices. Por otra parte, Cicerón (*de div.* I, 41, 92) dice que poco después, cuando el Estado romano estaba en todo su esplendor (*cum florebat imperium*), el Senado decretó que seis hijos de familias eminentes escogidas entre las gentes etruscas fuesen instruidas en la haruspicina para evitar que un arte de tanta importancia fuese objeto de especulación<sup>2</sup>.

No obstante, durante mucho tiempo se produjeron algunas muestras de desconfianza hacia esta nueva técnica adivinatoria bien por haber sido utiliza-

---

\* El presente trabajo es una reelaboración de mi comunicación presentada en el X Congrès de la Fédération Internationale des Associations d'Etudes Classiques (Université Laval, Québec: 24-VII-1994).

<sup>1</sup> Sobre la haruspicina: C. O. Thulin, *Die Etruskische Disciplin*, Göteborg, 1905-1909 (Darmstadt, 1969); A. Bouché-Leclercq, *Histoire de la divination dans l'Antiquité*, Paris, 1882, 4 vols; A. J. Piffiffig, *Religio Etrusca*, Graz, 1975; R. Bloch, «Réflexions sur le destin et la divination haruspicinale en Grèce et en Etrurie», en *Iconographie classique et identités régionales*, BCH, suppl. XIV, 1986, 77-85; L. Zusi, «Sopravvivenza dell'aruspicina in fonti tardo-antiche», *Cultura e scuola*, 123, 1992, 16-27. Presencia esporádica de harúspices en Roma y ejército: Liv. VIII, 9, 1 (*devotio* de Decio); *Les écrivains du siècle d'Auguste et l'Etrusca Disciplina*. I. *Caesarodunum*, 1991, suppl. n.º 60; II. *Caesarodunum*, 1993, suppl. 63.

<sup>2</sup> Liv., XXXIX, 16: *Hac uos (Quirites) religione innumerabilia decreta pontificum, senatusconsulta, haruspicum denique responsa liberant*. El texto de Cicerón debe ser completado con Val. Max., I, 1, 1. J. Heurgon, *La vie quotidienne chez les Étrusques*, Paris, 1961, 314, señala que con esta iniciativa era organizada oficialmente la enseñanza de la *etrusca Disciplina* bajo la protección del Senado.

da por los etruscos contra el ejército romano, bien por su origen extranjero<sup>3</sup>. Tal desconfianza se manifiesta en algunas opiniones aisladas, como la de Graco (*tusci ac barbari*: Cicerón, *Nat. deor.*, IV, 10), así como en el interior de ciertos círculos filosóficos, especialmente de epicúreos, neoplatónicos y pitagóricos<sup>4</sup>.

Pero en época de Augusto pocos dudaban de la superioridad de los harúspices etruscos sobre los nuevos harúspices romanos e itálicos. Testimonios como el de Tibulo no son raros: «Los dioses presagian la verdad, anuncios del destino que ocurrirá / verdaderos predicen las entrañas examinadas por los iniciados etruscos» (*Divi vera monent, venturae nuntia sortis / vera monent Tuscis exta probata viris*) (III, 4, 4-5). En los momentos de mayor gravedad para la supervivencia del pueblo romano los harúspices son etruscos<sup>5</sup>. A la época augústea remonta también la veneración por Tages, quien, según Ovidio (*Met.*, XV, 558-560), fue el primero que enseñó al pueblo etrusco a revelar los sucesos futuros. La permanencia y el prestigio que siempre conservó el *Ordo LX haruspicum* responde a idéntica superioridad.

Historiadores y literatos comenzaron incluso a hacer en época augústea más lejana —y consiguientemente anacrónica— la presencia de los harúspices y sus técnicas en Roma. Ovidio es uno de ellos. En su relato etiológico de las Lupercalias romanas hace intervenir a la figura de un harúspice etrusco (*augur etruscus*) que, tras sacrificar un macho cabrío, interpreta las extrañas palabras que la diosa Juno dirigió a las matronas en su bosque sagrado<sup>6</sup>.

Refiriéndose a Cipo (personaje de comienzos de la República), el poeta dice que «levantando con verde césped un altar de hierba, lo hace grato a los dioses encendiendo aromático fuego, liba vino en páteras y sacrificando ovejas inquiere qué es lo que indican sus entrañas palpitantes; tan pronto como las vio un harúspice de la nación tirrena, contempló en ellas grandiosas empresas a

<sup>3</sup> Recordemos también el episodio narrado por Gelio (*NA*, IV, 5) en el que los harúspices etruscos llamados por el Senado romano para expiar la estatua de Horacio Cocles alcanzada por un rayo resolvieron provocar con su arte la cólera del cielo en lugar de aplacarla dejándose llevar de un odio al pueblo romano. En general, sobre la desconfianza del Senado hacia nuevas técnicas adivinatorias cfr. la prohibición senatorial a Q. Lutacio Cerco, en el 241 a.C. cuando éste iba a consultar las *sortes* del santuario de Fortuna Primigenia en Praeneste por tratarse de *auspicia alienigena* (*Val. Max.*, I, 3, 2); S. Montero, *Diosas y adivinas. Mujer y adivinación en la Roma Antigua*, Madrid, 1994, 23 ss.

<sup>4</sup> Cfr. S. Montero: «Haruspicina y neoplatonismo: historia de un enfrentamiento», *Gerión*, 6, 1988, 69-84; entre los epicúreos, cfr. Lucrecio, *De rerum natura*, VI, 381 ss. Ovidio (*Met.*, XV, 130 ss.) pone en boca de Pitágoras unas palabras en las que reprueba el sacrificio de los animales y su consumición por el hombre, pero silencia cualquier denuncia contra la haruspicina: «Al instante le arrancan del pecho, aún vivo, las entrañas y las examinan, tratando de descubrir en ellas la voluntad de los dioses». Es interesante la consulta de la obra colectiva de S. Castignone y G. Lanata, *Filosofí e animali nel mondo antico*, Genova, 1992 que, sin embargo no hace alusión alguna a las prácticas haruspicinales.

<sup>5</sup> Cfr. Lucano, *Fars.*, I, 609-630 menciona al harúspice etrusco Arruns, consultado durante la guerra civil.

<sup>6</sup> Ovid., *F.*, II, 445-452.

cumplir, ciertamente, pero no bien especificadas». Sólo cuando observa los cuernos de Cipo reconoce en él a un futuro monarca<sup>7</sup>.

El autor del *Origo gentis romanae* dice que Latino, rey de los Aborígenes, había sido frecuentemente advertido por las entrañas de las víctimas y los sueños de la conveniencia de unir sus fuerzas a la de los extranjeros<sup>8</sup>. Por eso podemos considerar excepcional la postura de Plinio (*NH*, VII, 56, 203) cuando, siguiendo alguna tradición griega, sostiene que la haruspicina fue inventada por Delphus y los *extispicia avium* por Tiresias Thebanus. Siglos después, el cristiano Arnobio (*adv. nat.*, II, 69) se aprovechará de la confusión existente entre los paganos: «¿Antes de que el etrusco Tages nos iluminara con sus palabras, cada hombre sabía o se cuidaba de deber conocer las previsiones de los rayos y qué significado fuese colocado en las venas de las vísceras?».

Desde entonces Roma hizo suya la haruspicina etrusca integrándola en el aparato religioso nacional. Pero ¿cuál fue su actitud hacia las prácticas haruspicinales de otros pueblos? En realidad podemos decir que —a excepción de Cicerón— ni filósofos ni literatos crearon en torno a la «universalidad» de estas prácticas adivinatorias un verdadero debate. Cicerón afirma conocer el significado de la hendidura en las vísceras de los animales sacrificados o la fibra, pero no la causa de estos presagios (*Similiter, quid fissum in extis, quid fibra valeat, accipio; quae causa sit, nescio: De div.*, I, 16), señalando a continuación que casi todos creen en los indicios de las vísceras.

Se pregunta el filósofo hasta qué punto los harúspices han contrastado entre sí sus observaciones para establecer la parte de la víscera que es «enemiga» y la parte que es «familiar», preguntándose: «¿Quizá los harúspices etruscos, elidios, egipcios, cartagineses, confrontaron entre sí sus observaciones?» (II, 12, 28: *An haec inter se haruspices Etrusci, Elii, Aegyptii, Poeni contulerunt?*). Cicerón concluye que tal cosa no ha podido suceder.

Afirma también Cicerón (*de div.*, II, 12, 28) que las entrañas del gallo son las que proporcionan los presagios más ingeniosos de todas las víctimas: *quid habere potest commune non dicam gallinaceum fel (sunt enim qui vel argutissima haec exta esse dicant)...?* Esta cuestión sí parece haber despertado mayor interés entre los estudiosos. Preocupa a los autores latinos que los animales puedan haber vivido con malformaciones en sus órganos o privados de ellos, descubiertas tras el examen haruspical. Para algunos los órganos desaparecen en el momento del sacrificio; así Cicerón, *de div.*, I, 53 («¿se puede creer que cualquier animal dotado de sangre pueda vivir sin corazón?»). El problema ya

<sup>7</sup> Ovid., *Met.*, XV, 573-579: *Viridique e caespite factas / placat odoratis herbosas ignibus aras / vinae que dat pateris mactatarumque bidentum, / quid sibi significant, trepidantia consulit exta. / Quae simul adpexit Tyrrhenae gentis haruspex, / magna quidem rerum molimina iudit in illis, / non manifesta tamen.*

<sup>8</sup> XIII, 3: *namque extis ac somniis saepe admonitus erat tutiorem se aduersum hostes fore si copias suas cum aduenis coniunxisset.* Otras fuentes, como Dionisio de Halicarnaso (I, 57, 4), mencionan sólo el sueño profético, pero no la haruspicina.

preocupó a los estoicos griegos. Posidonio explicaba el fenómeno recurriendo a un poder divino, dotado de inteligencia, el cual guiaba en la elección de la víctima mientras la naturaleza podía intervenir produciendo cambios en las vísceras de los animales. La acción divina coincidía así con la acción física: de esta forma, la mántica adquiriría connotaciones de un fenómeno divino que derivaba de la simpatía cósmica.

En esta misma línea, Séneca (*NQ*, II, 32, 4) rechaza la posibilidad de que sea la divinidad quien directamente dirija el vuelo de las aves o dé una determinada disposición a las entrañas de los animales bajo el hacha del sacrificador, pero no de que ambas cosas sean producidas por un poder divino: *Ista nihilominus divina ope geruntur, si non a deo pennae avium reguntur nec pecudum viscera sub ipsa securi formantur.*

Plinio (*NH*, XI, 186) se hace eco de la discusión cuando escribe: *Quaestio magna de divinatione argumentantibus potuerint sine illo viscere hostia vivere an ad tempus amiserit.* No obstante, no parece pronunciarse por la posibilidad de que otros pueblos hayan recurrido a técnicas haruspicales tan certeras como la etrusca. El naturalista latino (*NH*, II, 69-80; 89-91) cree que los animales de diversas partes del mundo tenían ciertas particularidades orgánicas. Así las liebres de Brieto y de Tarne, como las del Quersoneso, tienen dos hígados y uno de ellos desaparece cuando el animal es llevado a otra zona; las cabras de Calcis en Eubea carecen hígado.

Todos los autores, desde Cicerón, concluyen proclamando la superioridad de los harúspices etruscos. Así como —dice éste— los babilonios y egipcios destacaron en el estudio del conocimiento de los astros porque vivían en lugares llanos donde nada obstaculizaba la observación del cielo, los etruscos al ser «sumamente religiosos, inmolaban víctimas con celo y frecuencia particular y se dedicaron sobre todo a la indagación de las vísceras» (*de div.*, I, 93: *Etrusci autem quod religione imbuti studiosius et crebrius hostias immolabant, extorum cognitioni se maxime dederunt*).

Existe, entre los latinos, un absoluto silencio sobre práctica de la hepatoscopia en las culturas mesopotámicas del II y I milenio conocidas hasta época selúcida; la época sargónida (VIII-VII a.C.), por ejemplo, ha proporcionado la mayor cantidad de testimonios (textos, hígados de arcilla). Los autores griegos estuvieron, sin embargo, mucho más interesados<sup>9</sup>.

Pero más sorprendente aún son las pocas alusiones romanas a la práctica griega de la hepatoscopia, pese a que Roma sabía que se trataba de una técnica de características muy similares, conocida en Grecia al menos desde el s. VI a.C.<sup>10</sup> y que se recurría a ella en oráculos tan conocidos como el de Trofonio o

<sup>9</sup> Diod., II, 29, 3 cita a los caldeos como expertos en la inspección de las víctimas.

<sup>10</sup> Por ejemplo con el inicio de la campaña militar, durante la expedición, en los momentos previos al combate. Cfr. Diod., XV, 85 sobre la batalla de Mantinea, etc.

el de Delfos. Sabemos que entre la haruspicina etrusco-romana y la hepatoscopia griega existían algunas diferencias, pero las afinidades entre ellas eran más numerosas: así, del conjunto de vísceras, es el hígado el órgano más propicio para la adivinación; dentro de él, la ausencia del *caput* es el peor de los presagios<sup>11</sup>; griegos y etruscos tenían costumbre de observar la cocción de las entrañas. Bouché Leclercq dice que «Ce que nous connaissons de la méthode hellénique ne nous permet guère de la distinguer de l'haruspicine occidentale»<sup>12</sup>.

Los autores latinos hicieron, sin embargo, pocos esfuerzos por profundizar en las técnicas hepatoscópicas griegas lo que se explica quizá ante la considerable influencia de la haruspicina etrusca. Apuleyo, en su discurso sobre la funciones de los dáimones (*De deo Socrat.*, XVIII, 160) ofrece como ejemplo el episodio homérico en el que, ante las adversidades de los griegos en Aúlida, la expedición se detiene para consultar el futuro. El filósofo neoplatónico señala que el propósito de los griegos fue consultar no solamente el vuelo de las aves, sino también interrogar las entrañas de las víctimas: *et facultas itineris et tranquillitas meris et clementia ventorum per fibrarum notas et alitum vias et serpentium escas exploranda est*. Pero en el texto homérico, Calcas, al que Apuleyo define como *longe praestabilis hariolari*, no realiza ningún tipo de ritual haruspical, desconocido aún en época homérica. Calcas es un prestigioso adivino, tal vez de Micenas o de Megara, consumado augur, experto en el don de la profecía; pero en Aúlida interpretó el presagio suministrado por la serpiente que devoró a los pájaros en el altar del sacrificio sin que, por tanto, en él se llevara a cabo ningún rito haruspical<sup>13</sup>.

Con anterioridad a Apuleyo, también Valerio Máximo menciona a Calcas como haruspex, acompañado de Agamenón y Ulises. La influencia del Calcas etrusco parece a mi juicio clara si recordamos los célebres espejos de Vulci y de Tuscania en los que el adivino Calcas aparece alado inspeccionando las entrañas del animal sacrificado.

De igual forma, cuando Séneca en su *Edipo* reconstruye una supuesta escena de haruspicina griega no se esfuerza por acercarse a la práctica griega recurriendo incluso a los tecnicismos haruspicales latinos como el doble *caput* del hígado, las *fibrae* o *venae*<sup>14</sup>.

Incluso no faltan autores latinos que muestren una clara hostilidad hacia la hepatoscopia griega o, al menos, hacia su práctica. Q. Curcio, que en lo que

<sup>11</sup> Cfr. los casos de Cimón, Agésilao, Alejandro: Plut., *Cimón*, 18, 5; Alex., 73; Arriano, *Anab.*, VII, 18, 2.

<sup>12</sup> Op.cit.I, p. 171.

<sup>13</sup> Il., I, 69, 92; II, 300. Cfr. Ovid., *Met.*, XII, 18: *at veri prouidus augur*; Virg., *Aen.*, II, 185 donde Calcas aparece sólo como intérprete de augurios y prodigios.

<sup>14</sup> Así en *Edipo*, 359: «Siempre es un grave anuncio para el mando, cuando juntos dos cabezas del hígado están en el toro» (Cfr. el parecido con Luc., *Fars.*, I, 626); *Edipo*, 362: uso de *venae* (como en *Fars.*, I, 584, etc.). *Edipo*, 357: «gran parte de las fibras falta» (Cfr. uso de *fibra* en Prop., IV, 1, 104; Tib., I, 8, 3; Luc., *Fars.*, I, 622).

se refiere a las relaciones de Alejandro con la adivinación y, particularmente con su adivino Aristandro de Telmessá, se ajusta a la versión canónica, se aparta considerablemente de ésta cuando alude a las prácticas haruspicales. Arriano (IV, 4, 3) presenta a Aristandro tratando de impedir a Alejandro que cruce el Iaxarte; el adivino niega la existencia de presagios felices: el conquistador fue castigado por su desobediencia mediante la derrota y una enfermedad. Q. Curcio, VII, 7, 2-29 (en cuyo relato aparece el Iaxartes como Tanais) nos presenta a Aristandro temblando ante Alejandro y haciendo modificar los presagios: «... se presentó Aristandro asegurando que en ninguna ocasión había visto vísceras más favorables y en verdad bien distintas a las anteriores: con anterioridad habían hecho su aparición motivos fundados para la inquietud; ahora, el sacrificio dejaba predecir los mejores augurios» (VII, 7, 29).

Mientras en el relato de Curcio el harúspice se pliega a Alejandro por temor, en el relato de Arriano, Aristandro no se volvió atrás de su primera interpretación; volvió a consultar los auspicios y éstos seguían mostrándose desfavorables, pero no quiso interpretarlos porque «Alejandro quería oír algo indiferente». Q. Curcio es, pues, bastante hostil a la haruspicina practicada por Alejandro Magno: a) la llama «superstición»; b) presenta a Aristandro como un adivino haciendo funciones de sacerdote y no al contrario; c) Alejandro se disgusta de que los harúspices consulten en secreto, sin su consentimiento, lo que parece traslucir la misma preocupación de los emperadores romanos<sup>15</sup>.

No sorprende que sean autores latinos los más interesados en dar a conocer el fraude de imprimir sobre el hígado de la víctima (con tinta calcada) palabras fatídicas. Frontino dice (*Strateg.*, I, 11, 14) que este truco ya había sido empleado con anterioridad por Alejandro Magno: «Alejandro de Macedonia, en el instante de sacrificar, imprimía, por medio de una preparación caracteres sobre la mano con la cual el harúspice debía tocar las entrañas de la víctima. Estos caracteres daban la victoria a Alejandro. Reproducidas sobre el hígado caliente y mostrado a los soldados por Alejandro, ellos animaban al coraje como si el dios mismo les hubiese prometido la victoria».

Frontino añade que el fraude fue repetido por el harúspice Sudinus en el momento en que Eumenes iba a entablar combate con los galos (*id.*, I, 11, 15). La noticia parece ser la misma que la transmitida por Polieno<sup>16</sup>.

Cornelio Nepote (*Timol.*, I, 4) parece complacerse cuando recuerda que Timoleón (nacido en Corinto hacia el 400 a.C.) hizo matar a su hermano, el

<sup>15</sup> Cfr. S. Montero, «La religiosidad de Alejandro en la historiografía latina: el testimonio de Q. Curcio», en *Actas del IV Coloquio internacional de la S.I.E.N.: Alejandro Magno modelo de emperadores romanos*, Bruxelles, coll. Latomus, 1990, 144-160; *Id.*, *Política y adivinación en el Bajo Imperio romano: Emperadores y harúspices (193-408 d.C.)*, Bruxelles, 1991.

<sup>16</sup> El rey Atalo imaginó imprimir artificialmente la palabra *niké* en el hígado de una víctima (Polieno, *Strat.*, IV, 20; 29). Sobre el harúspice Sódinos o Sudines, colaborador del rey Atalo: Plin., *NH*, IX, 35, 112; XXXVI, 7, 59; XXXVII, 2, 25, 34; 8, 114; 9, 133.

tirano de Sicilia Timofanes (365 a.C.), con la colaboración de un harúspice y de un pariente común.

Existen, después, algunas referencias a la práctica de la hepatoscopia entre los pueblos y ciudades de Asia Menor. Cicerón se muestra un admirador de las técnicas hepatoscópicas practicadas por los carios y, concretamente, por los habitantes de Telmessos. En su *de div.*, I, 41, 90 escribe: «En Caria está la ciudad de Telmessos, en la cual el arte de los harúspices se distingue particularmente; así también la Elide en el Peloponeso tiene dos determinadas familias, la de los Iamidae y la de los Clutidae (o Clytidae), famosas más que todas por la haruspicina» (*Telmessus in Caria est, qua in urbe excellit haruspicum disciplina; itemque Elis in Peloponneso familias duas certas habet, Iamidarum unam, alteram Clutidarum, haruspicinae nobilitate praestantes*).

Cicerón no duda en afirmar que en Telmessos se practica la *haruspicum disciplina*, si bien ésta parece haber consistido más bien todo en una adivinación a base de la forma en que se quemaban la carne de la víctima<sup>17</sup>. En cualquier caso hemos de observar que se trata de familias nobles muy antiguas (sobre la antigüedad de los Iamidas ya trató Píndaro, *Olimp.*, VI), como en el caso de las familias de harúspices etruscos incorporadas por Roma.

Según Valerio Máximo, cuando Aníbal se hallaba refugiado en la corte del rey Prusias (en Bitinia) le sugirió a éste que entablara batalla: «El rey, empero, le puso el reparo de que las entrañas de las víctimas le habían predicho lo contrario» (III, 7, 6). El escritor latino parece sumarse a la actitud contraria del general cartaginés poniendo en boca suya las siguientes palabras: «Dime, ¿acaso tú vas a confiar más en un pedazo de hígado de ternera que en un veterano general?». La respuesta, según Valerio Máximo, fue breve y lacónica, pero su significado inagotable y elocuente, añadiendo finalmente: «Aníbal no pudo sufrir, sin inmutarse, que su gloria, tantas veces contrastada, se viera pospuesta al hígado de una sola víctima».

Por último, Tácito menciona la práctica de la hepatoscopia en el santuario de Pafos en Chipre (*Hist.*, II, 3, 2): «Las víctimas de los sacrificios son según el voto que cada cual ha hecho, pero se escogen machos; la mayor certeza en la adivinación se atribuye a las entrañas de los cabritos». El historiador sostiene que mientras el culto de la diosa Afrodita fue introducido por Cínaras (primer rey de Chipre venido de Siria, quien consagró también el templo), en cambio la ciencia y el arte de los adivinos fueron importadas por el cilicio Támiras, quedando convenido que presidieran los cultos los descendientes de una y otra familia: *Fama recentior tradit a Cinyra sacratum templum deamque*

<sup>17</sup> Cfr. gr. *émpyra*. Cfr. Sofoc., *Antig.*, 1005. Sobre el texto ciceroniano: A. S. Pease, *M. Tulli Cicero-nis De Divinatione*, New York, 1979, 256 ss.

*ipsam conceptam mari huc adpulsam; sed scientiam artemque haruspicum accitam et Cilicem Tamiram intuluisse...*

Más adelante, sigue diciendo Tácito, «para que el linaje del rey no dejara de preceder en honores a la estirpe extranjera, los que habían venido de fuera renunciaron a la disciplina que ellos mismos habían introducido; de hecho sólo se consulta a un sacerdote de la estirpe de Cínaras. Las víctimas de los sacrificios son según el voto que cada cual ha hecho, pero se escogen machos; la mayor certeza en la adivinación se atribuye a las entrañas de los cabritos. Está prohibido dejar correr la sangre sobre el ara; los altares reciben el honor de preces y fuego puro, y no hay lluvia que los moje, a pesar de hallarse a la intemperie» (*Hist.*, II, 3, 1-2).

Gran parte de estas alusiones vienen explicadas si recordamos que entre los romanos era una opinión extendida (como también entre los griegos: *Her.*, I, 94) que los etruscos eran originarios de Lidia, en Asia Menor (cfr. *De div.*, I, 19: *Lydius ediderat Tyrrhenae gentis haruspex*).

Fuera ya del ámbito griego y minorasiático los romanos creyeron en la existencia de una hepatoscopia practicada por los persas y, más particularmente, por los magos persas. Es Catulo, 90, quien se muestra más claro en este sentido cuando dice: «Nazca un mago de la abominable unión de Gelio con su madre y aprenda el arte de la haruspicina de los persas»: *Nascatur magus ex Gelli matrisque nefando / coniugio et discat Persicum aruspicum*<sup>18</sup>.

De forma análoga, pero no exactamente igual, Plinio (*NH*, XIII, 30, 19) dice que son las vísceras del topo en las que más creen los magos y que no hay animal que permita mejor las prácticas religiosas hasta el punto de que garantizan a quienes devoren su corazón fresco y palpitante adivinar los sucesos de las acciones futuras (*Nullis aeque credunt (Magis) extis... ut si quis cor eius recens papitanque devoret, divinationes et rerum efficiendarum eventus promittant*)<sup>19</sup>.

Aunque F. Cumont creía en ella, no parece —como ya tuve ocasión de demostrar en otro trabajo— que ni él ni los autores latinos estén en lo cierto. Heródoto muestra repetidamente el recurso de los reyes persas a los adivinos griegos (y no a los suyos) para que examinaran las vísceras de los animales. Recordaremos, por ejemplo, lo que del persa Mardonio dice en IX, 37: «Éranle propicias sus víctimas mientras que se mantuviese a la defensiva para rebatir al enemigo; mas no le eran favorables si le acometía, siendo el primero en

<sup>18</sup> Strab., XV, 135 menciona el incesto entre los magos persas; Tertul., *Apolog.*, IX, 6 refiere esta misma práctica a los persas en general.

<sup>19</sup> Sobre el animal cfr. Arist., *HA*, I, 9; Plin., *NH*, IX, 178; XI, 139. La misma creencia de Porfirio, *De abst.*, II, 48. Amm. Marc., XVIII, 4, 1 dice que Sapor, el rey de los persas, antes de su enfrentamiento contra Constancio, consultaba todas las supersticiones sobre el futuro: *et superstitiones omnes consulens de futuris*. El uso del verbo *consulere* parece sugerir por parte del historiador latino el recurso a técnicas hepatoscópicas.



atacar, como él deseaba. Es de saber que Mardonio sacrificaba también al uso griego teniendo consigo al adivino Hegesistrato, natural de Elea, uno de los Telíadas y el de más fama y reputación entre todos ellos»<sup>20</sup>.

Aún con mayor insistencia las fuentes latinas mencionan una hepatoscopia practicada por los egipcios. En la *Historia Augusta* hay dos alusiones. La *Vita Satur.*, 8, recoge una pretendida carta del emperador Adriano en la que sostiene que en Egipto «no hay ningún jefe de la sinagoga de los judíos, ningún samaritano, ningún presbítero de los cristianos que no sea astrólogo, o harúspice o curandero» (... *nemo illic archisynagogus Iudaeorum, nemo Samarites, nemo Christianorum presbyter non mathematicus, non haruspex, non aliptes*). En *Vita Satur.*, 7, 4 se dice: «Porque los egipcios son, como tú sabes, presuntuosos, irritables, jactanciosos... y tan ávidos de novedades que llegan a celebrarlas en canciones populares, versificadores, epigramáticos, astrólogos, harúspices y médicos» (*novarum rerum usque ad cantilenas publicas cupientes, versificatores, epigrammatarii, mathematici, haruspices, medici*).

En los templos egipcios era frecuente la figura de los *moschosphragistai*<sup>21</sup>, pero no parece que haya existido una haruspicina egipcia. Las alusiones de los autores latinos deriva probablemente de una interpretación errónea de un pasaje de Heródoto, II, 40, 1 en el que habla de una complicada preparación de los animales sacrificiales a Isis; el historiador griego menciona también las vísceras, pero no habla de un examen con fines adivinatorios<sup>22</sup>. No obstante, estas ideas serán más tarde retomadas y aprovechadas por los cristianos como Paulino de Nola, quien en su *Carm.*, 19, 112, escribe: *non Pelusiaticis vaga saltibus Isim Osidirum quaerit haruspibus calvis*.

Pero vayamos ahora a la otra parte del Mediterráneo: el Occidente. Las referencias a pueblos considerados tradicionalmente por griegos y romanos como «bárbaros» son menores y, sobre todo, más inseguras.

De nuevo es Cicerón quien —como hemos visto— menciona la existencia de una haruspicina cartaginesa (*haruspices... Poeni*). A. S. Pease supone que Cicerón obtiene esta noticia del cartaginés Clitómaco, en cuyo caso podría ser verdadera<sup>23</sup>.

<sup>20</sup> Se podrían poner otros muchos casos más, como el de Silano de Ampracia en favor de Ciro, que aspiraba al trono. Sobre la inexistencia de una extispicina entre los persas: Cfr. S. Montero, "Haruspicina y sacrificio mitraico", en *II Congreso Peninsular de Historia Antiga*, Coimbra, 1994, 815-824.

<sup>21</sup> Sacerdotes que inspeccionaban los animales para el sacrificio. Cfr. Herod., II, 38 y Plut., *De Isid.*, 31, 363 A-B. Cfr. Otto, *Priester und Tempel*, Berlin, 1988, I, 84 ss.; Lloyd, *Herodotus Book II*, Leiden, 1976, 173 ss.; Kiessling, en *RE XVI*, I, coll. 356 ss.

<sup>22</sup> «En cambio, la extracción de las entrañas de las víctimas y su cremación, varían entre los egipcios de una celebración a otra...» «... [En la fiesta de Isis] después de haber degollado el buey y haber pronunciado las plegarias rituales, le extraen todo el intestino (si bien dejan en su cuerpo las vísceras principales y la grasa) y le cortan las patas, los cuartos traseros, las espaldillas y el cuello» (Id., 40, 2).

<sup>23</sup> Su nombre originario era Asdrúbal, escoliasta de Carnéades, cfr. Dal Pra, *Lo scetticismo greco*, Bari, 1975, I, 288-299; G. Pasquali, en *Encicl. Ital.*, X, 613.

Pero existen otras noticias que este autor desconoce. Convendría, al respecto, recordar la escena de haruspicina protagonizada en la *Eneida* (IV, 63-67) de Virgilio por Dido, la reina de Cartago (si bien de origen fenicio): ... *pecudumque reclusis / pectoribus inhians spirantia consulit exta. / Heu, uatum ignarae mentes! quid uota furem / quid delubra iuuant? est mollis flamma medullas / interea et tacitum uiuit sub pectore uolnus*.

En esta misma línea, el poeta Silio Itálico insiste en la práctica de técnicas hepatoscópicas en la Cartago de vísperas de la segunda guerra púnica. Primero cita a una sacerdotisa con los cabellos desordenados (*crine effuso*), vestida con la túnica de Estigia (*Stygia cum veste sacerdos*), que invoca a las divinidades infernales: *atque Hennaee numina diua atque Acheronta vocat* (I, 93-94). A Hécate inmola una víctima negra y la sacerdotisa se apresura a abrir el despojo palpitante para buscar una respuesta; pronto extrae las entrañas e interroga el alma (es decir, la entraña) que se escapa: ... *Tum nigra triformi / hostia mactatur diuae, raptimque recludit / spirantis artus poscens responsa sacerdos / ac fugientem animam properatis consulit extis* (I, 119-122).

Pero la técnica de la *sacerdos* es diferente de la de los harúspices. Silio la presenta con los rasgos de una vidente, ya que tras seguir los ritos de su arte antiguo (*artis de more vetustae*), describe con detalle los próximos acontecimientos históricos (I, 125-137). Además, Juno, pese a sus simpatías por Cartago, no permite conocer el destino a la *sacerdos* más que hasta cierto momento, emudeciéndose de repente las entrañas: *Venientia fata / scire ultra vetuit Iuno, fibrasque repente / conticuere* (I, 138-140).

Más adelante vuelve en su poema épico a aludir a la haruspicina cartaginesa. En esta ocasión el poeta pone en boca del cónsul Flaminio unas palabras dirigidas a su enemigo que dicen: ... *nam dum uos augur et extis / quaesitae fibrae vanusque moratur haruspex, solum iam superest, Tarpeio imponere castra* (V, 162-164). Ninguna alusión a la técnica empleada, aunque el adjetivo *vanus*, referido a haruspex, parece mostrar cierto menosprecio por él.

Pocos son los autores que hacen referencia a la práctica hepatoscópica de los pueblos celtas. Silio Itálico (*Pun.*, III, 344-345) dice que *Callaecia* «envió a un muchacho hábil en la adivinación por las entrañas, el vuelo de las aves y las llamas...» (*Fibrarum et pennae divinarumque sagacem / flammaram misit dives Callaecia pubem*) y Justino hace referencia a que los tectósagos, afectados por una *pestilentia*, recurrieron a expiaciones, *aruspicum responsis moniti* (XXXII, 3, 9).

Sin embargo, griegos y latinos hacen hincapié en la práctica haruspical de estas tribus, pero con víctimas humanas. Estrabón, III, 3, 6 comienza señalando que los lusitanos «hacen sacrificios; observan las entrañas pero sin ectomía (*ektémontes*)», es decir, sin extraerlas y cortarlas para analizar su interior, marcando así una diferencia con la hepatoscopia greco-etrusca. También señala que «observan las venas del pecho y conjeturan palpándolas».

Pero la verdadera diferencia con este pueblo bárbaro viene dada por el hecho de que los lusitanos procedían a la consulta de las entrañas humanas: «Predicen mediante las entrañas de los prisioneros de guerra, cubriéndolos con sagos. Luego, cuando el harúspice lo golpea por encima de las entrañas, predicen primero según la forma en la que cae el cuerpo».

En VII, 3, siguiendo a Posidonio, Estrabón dice que las sacerdotisas de los cimbrios examinaban entrañas humanas y anunciaban la victoria para el ejército<sup>24</sup>.

Por su parte, Tácito (*Ann.*, XIV, 30, 3), refiriéndose a los britanos y a los rituales de los druidas, dice: «En efecto, contaban entre sus ritos el de honrar los altares con sangre de cautivos, y el de consultar a los dioses en las entrañas humanas» (*nam cruore captivo adolere aras et hominum fibris consulere deos fas habebant*). Dicha costumbre, la observación de las entrañas de las víctimas humanas, parece ser, pues, atribuida por griegos y latinos a los pueblos bárbaros en general. Estrabón (XI, 4, 7) la menciona entre los habitantes del Cáucaso, y Obsequens, por su parte, escribe: «Después de que Mitrídates prendiera fuego al bosque de las Furias, se escuchó una gran carcajada de procedencia desconocida y, cuando se procedía a inmolar una doncella a las Furias, por prescripción de los harúspices (*aruspicum iussu virginem Furiis immolaret*), salió de su garganta una risa que impidió el sacrificio»<sup>25</sup>.

De estas citas podemos concluir señalando que los autores latinos creen, por encima de cualquier otra, en las técnicas de la haruspicina etrusco-romana y desconfiaban considerablemente de las demás. Amiano (XXII, 12, 7) reprueba la costumbre del emperador Juliano, cuando ya en sus últimos años, durante la expedición persa, permitió a cualquier inexperto recién llegado (*iuxta imperitus et docilis*) «investigar en las entrañas de las víctimas el porvenir que

<sup>24</sup> Sobre el sacrificio y la práctica de la haruspicina entre los celtas es indispensable el trabajo de J. C. Bermejo Barrera, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, 1986, quien interpretando el sentir de la historiografía antigua escribe: «Los bárbaros sacrifican. Lo hacen bien, utilizan los métodos adecuados, pero sobre víctimas inadecuadas, ya que ponen seres humanos en el lugar en el que tendrían que estar diversos tipos de animales» (p. 95). Comparto plenamente sus palabras (*op. cit.*, 92) respecto al citado pasaje de Estrabón (III, 3, 6): «Es decir, lo que nos retrata al lusitano como bárbaro, al igual que a sus vecinos norteos, es su práctica del sacrificio humano, y no sus procedimientos rituales, perfectamente enmarcables dentro de la tradición religiosa griega».

<sup>25</sup> Obs., 56-56b. Más tarde aparecerá practicada sobre todo por enemigos políticos dentro una misma religión: Amm. Marc., XXIX, 2, 17: acusaciones contra Pollentiano (bajo Valente); Filóstrato, *VA*, VII, 11; Eusebio, *HE*, XIV, 5; VIII, 14, 5 (Majencio); Prudencio, *Apoth.*, 460 ss.; Luc., *Fars.* VI, 558; Plin., *NH*, 28, 70 ó entre religiones enemigas: HA, *Vit. Heliogab.*, VIII, 2; Teodoro, *HE*, III, 26; Socr., *HE*, III, 13 (acusaciones contra Juliano); Eusebio, VII, 10, 4 (SC 41, p. 177) (contra Macriano); Rufino, *HE*, II, 24 (acusación de práctica de extispicina humana en el *Serapeion* de Alejandría).

En el siglo III d.C., Filóstrato hace una distinción en las víctimas utilizadas por los pueblos bárbaros y los civilizados con fines haruspicales (*VA*, VIII, 7, 15): «Por ello, el arte de la adivinación entre los que no sean bárbaros e ignorantes prefiere inmolar cabritas y corderos, dado que son animales estúpidos y que no se dan cuenta de lo que se les avecina, y en cambio a los gallos, cerdos y toros, dado que son fogosos, no los considera adecuados para sus misterios».

algunas veces se manifiesta en ellas». No obstante, los romanos atribuían una hepatoscopia a aquellos pueblos que gozaban de una larga antigüedad o de una cultura superior como era el caso de los griegos, los egipcios o los persas, aunque a veces ésta no haya existido. Por el contrario, no parecen admitir la práctica de una haruspicina o extispicina entre pueblos de menor cultura y tradición como galos, germanos e hispanos a los que, por el contrario, se les atribuye la salvaje costumbre de una haruspicina practicada con víctimas humanas. Aun así, puede decirse que la misma desconfianza que en origen existió hacia los harúspices etruscos, existió a lo largo del Imperio hacia otros.

Cicerón constituye, en este sentido, una excepción dentro del conjunto de los autores greco-latinos al atribuir la práctica haruspical a algunos pueblos «bárbaros». A mi juicio, el político romano está en este pasaje muy influido por el estoico Posidonio —ya citado—, quien, como es sabido, revalorizó mucho a los bárbaros (a los que Panecio había despreciado) en su *Peri mantikés*.

Por último, es conveniente distinguir estas referencias literarias de la práctica política. Los emperadores romanos (y los jefes militares) fueron mucho menos escrupulosos a la hora de recurrir a la haruspicina extranjera, quizá en su deseo de atraerse a la población local. Algunos ejemplos bastarán para demostrarlo. Así, la visita de Galba al oráculo de Afrodita de Pafos: Tácito señala que el sacerdote Sótrato «una vez que ve que las entrañas se muestran propicias y concordantes y que la diosa asiente a sus grandes designios, respondiéndole por el momento brevemente y en los términos acostumbrados le pide una entrevista a solas y le descubre el futuro» (*Hist.*, II, 4, 2). Tácito añade que ello supuso una gran confianza en el porvenir.

Este mismo historiador (*Hist.*, II, 78) recuerda la visita del emperador Vespasiano al monte Carmelo: «Entre Judea y Siria está el Carmelo; así llaman a un monte y también a un dios. Pero el dios no tiene imagen ni templo, pues así es la tradición de los mayores: hay sólo un altar y un culto. Cuando Vespasiano estaba sacrificando allí, y mientras daba vueltas en su mente a sus ocultas esperanzas, el sacerdote Basílides, tras mirar una y otra vez las entrañas de la víctima, le dijo: “Sea lo que sea lo que proyectas... se te conceden una gran morada, ingentes confines y muchos hombres”» (*Hist.*, II, 77, 3). Tácito añade que «estas vaguedades las había recogido de inmediato la fama y a la sazón las interpretaba; y no había asunto más tratado en los comentarios del vulgo» (*Hist.*, II, 77, 4)<sup>26</sup>.

<sup>26</sup> Suetonio (*Vesp.*, 7) sitúa el episodio de Basílides en el Serapeum de Alejandría y silencia la escena de haruspicina. En opinión de Bouché-Leclercq, III, 400, «Basilide pouvait être un devin expert; mais sans dissequer d'entrailles, un simple flatteur en eût dit autant». Recordemos el recurso a la haruspicina por parte de Salvio y Atenion durante las revueltas de esclavos: Diod., XXXVI, 5, 1-2. Los cananeos practicaron la hepatoscopia pero los documentos escritos hebraicos silencian esta práctica; el rechazo de este procedimiento adivinatorio es una reacción de Israel contra los gentiles. La ley mosaica precisa el ritual de la ofrenda en *Exodo*, XXIX, 13.

Los ejemplos, que ya he estudiado en una monografía, podrían multiplicarse: la consulta al harúspice rural de Septimio Severo en Britania (HA, SS, XXII, 6); la advertencia de los harúspices a Caracalla antes de salir de Antioquía (DC, 79, 7, 2); la favorable interpretación de un harúspice del dios local Béleno en Aquileya a Crisipo; la consulta haruspical de los Gordianos en Cartago o, por último, las víctimas de mal augurio sacrificadas por Juliano en Antioquía antes de salir en campaña contra los persas (Zos., III, 12, 1)<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> A. M. Adam, «Monstres et divinités tricéphales dans l'Italie primitive», *MEFRA*, 97, 2, 1985, 600: «Bélenos était associé sous l'empire à l'activité augurale et qu'il lui arrivait aussi rendre ses oracles par l'intermédiaire de l'haruspicine». Existen luego referencias vagas: Caracalla, ante la sospecha de que todos conspiraban contra él consultaba todos los oráculos «y llamaba a sabios, astrólogos y harúspices de todas las regiones» (Herod., IV, 12, 3-5). Otras son difíciles de interpretar: según Suetonio, Domiciano recibió a un «harúspice enviado de Germania» (*Dom.*, 16), pero resulta difícil saber si se trata de algún sacerdocio local (como fue el caso de Véleda) o de un harúspice romano. También sabemos por Jord., *Get.*, 37, 195: *Atila statuit per haruspices futura inquirere*.

